



## Al volver... momentos para el recuerdo

### **DESCRIPCIÓN: LA COSTA INGLESA – LYME.**



*Lyme* era un pequeño pueblecito costero en el que se habían encontrado multitud de fósiles.

Desde nuestra posición, disfrutábamos de una vista perfecta de la playa, separada de nosotros por un poco de terreno verde pensado para pasear y un par de árboles con sus ramas como brazos extendidas hacia el cielo.

A lo lejos, el mar calmo y tranquilo como un gran espejo bañaba la fina arena blanca en la que habíamos pasado el día; y no muy lejos de allí una concentración de pequeños barquitos que esperaban pacientes y amarrados en el puerto a que alguien decidiese que era hora de hacer una excursión a alta mar.

A lo largo de todo el paseo marítimo se encontraban un sinfín de puestos de comida y bares en los que los transeúntes no dudaban en parar y desde los que se elevaba un olor agradable.

Un poco más arriba, en las zonas con hierba, comenzaban a aparecer pequeñas casas blancas, diseminadas por el terreno sin orden ni concierto.

A pesar del grisáceo cielo encapotado que nos acompañó durante todo el día, había que reconocer que *Lyme* era un sitio bastante bonito.

## ***EXPOSICIÓN: EL SISTEMA EDUCATIVO BRITÁNICO***

Lo primero que me gustaría destacar es que, a diferencia de nosotros, ellos tienen solo cuatro clases en cada jornada escolar, pero estas clases duran una hora y cuarto. En mi opinión, este aspecto de nuestra educación es mejor, porque la jornada es menos tediosa gracias a los cambios constantes de clases y así teniendo más variedad de asignaturas a lo largo del día.

Otro aspecto destacable son las instalaciones, que para mí son mejores, ya que disfrutan de un sistema de puertas adaptado para discapacitados, varios campos para practicar distintos deportes y una cafetería con una innovadora forma de pago.

## ***ARGUMENTACIÓN: EL RESPETO***

Era nuestro segundo día en Inglaterra. (...) El largo recreo había concluido y, entre risas, nos dirigíamos a una asamblea. (...) No necesité ni medio segundo para que el ABSOLUTO, MANIFIESTO Y SEPULCRAL SILENCIO que inundaba el salón captase mi atención.

Había aproximadamente 700 alumnos, todos y cada uno de ellos con su uniforme, bien sentados, en el suelo, mirando al frente y callados. No tenían el más mínimo interés en entablar una conversación, lo que supondría romper aquel fascinante momento. (...)

Cuando el profesor dio comienzo a su discurso, todos los adolescentes ingleses escuchaban calmados y relajados, sin interrumpirlo ni molestarlo. Aquello, DESGRACIADAMENTE, me causó un gran impacto, puesto que no había vivido una situación como la expuesta en España. (...)

La situación no se limita a la gente de nuestra edad; los adultos, padres y profesores ingleses, dialogaban sosegadamente, despacio, respetándose unos a otros, sin subir el tono de voz, sirviendo de ejemplo a sus hijos. Por el contrario, (...) aquí la gente se esfuerza en dar más voces que el resto para llamar la atención. (...)

Para encontrar en este hostil lugar CORTESÍA Y CONSIDERACIÓN tendrías que buscar en los diccionarios que, asustados por el espantoso alboroto, reposan en las baldas de la biblioteca.

## ***ARGUMENTACIÓN: EL HORARIO INGLÉS***

Su horario es mejor porque aprovecha más el día aunque se levanten a la misma hora que nosotros.

Por la mañana, entre clase y clase, les dejan más tiempo para cambiar ellos de clase y no los profesores.

Además, cada dos clases tienen descansos de un cuarto de hora. (...)

Algunos alumnos comen en el primer descanso y otros en el segundo. (...)

Salen a las tres de la tarde y tienen tiempo para asistir a sus actividades extraescolares.

Cenan sobre las cinco y media. Así les queda tiempo para hacer sus deberes y estudiar y tiempo para relajarse después de un día de escuela.

## ***NARRACIÓN: EL ROBO DE LAS MAGDALENAS***

Aquella misma tarde, en la cocina, entre harinas y azúcares, acabamos nuestra maravillosa obra, las magdalenas de chocolate con azúcar morada por encima. Todo era perfecto hasta que nos fuimos a ver la tele.

Después, nos retiramos a nuestras habitaciones. Mientras cada uno de nosotros nos preparábamos para dormir, un extraño ruido hizo que todos los habitantes e invitados de la casa se sobresaltasen y fuesen al primer piso.

El padre salió del jardín, la madre del garaje, la hija mayor de la habitación, la menor del baño y la invitada extranjera, vamos, yo, de mi habitación.

Bajamos corriendo por las escaleras hasta la cocina donde encontramos el plato de magdalenas repartido por el suelo, sin magdalenas y todo lleno de migas. ¡¿Quién era el causante de todo aquello?!

Las hijas y yo decidimos ponernos a investigar quién era el culpable. Primero nos descartamos a nosotras mismas, ya que nos encontrábamos en el piso de arriba, así que solo podían haber sido los padres. La madre, dulce e inocente y el padre, alocado y zampón.

Primero comprobamos la escena del crimen y encontramos una huella muy pequeña para ser de los padres, que además tenía una extraña forma animal.

Nos sentamos en el sofá a pensar sobre ello cuando aparecieron los perros. Tres grandes perros con el hocico lleno de azúcar morada. Estaba claro, ya teníamos culpables.

## **NARRACIÓN: DESPEDIDA**

Era el final y lo sabíamos. Algunos de nosotros ya habíamos llorado la noche anterior y teníamos presente que hoy iba a ser peor, mucho peor.

Tras los últimos ajustes en el equipaje y un rápido desayuno nos dirigimos al punto de encuentro aprobado, la *Heathfield Community School* a la que, por primera vez en una semana, no teníamos ninguna gana de llegar. El bus que nos recogería aquel día no iba a llevarnos a ningún extraño pueblecito ni a ninguna ciudad desconocida, sino de vuelta a casa.

Fuimos llegando poco a poco. Al principio todo eran bromas y risas, todos intentábamos retrasar la despedida, pero un par de conmovedores regalos desencadenaron la tristeza. (...)

Cuando el bus dobló la esquina y se detuvo ante nosotros, el tiempo comenzó a pasar demasiado rápido. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, nuestro equipaje estaba colocado y nuestras profesoras nos pedían que entráramos y nos sentáramos.

No lo hicimos de inmediato; no podíamos irnos sin más. Finalmente, sollozando entre abrazo y abrazo, subimos al bus y nos sentamos, sin dejar de saludar por la ventana. Intentamos sonreír, no queríamos que la última imagen que se llevaran de nosotros fuera la de un montón de adolescentes con la cara roja y moqueando, pero no tuvimos demasiado éxito.

El motor rugió y comenzamos a movernos. Pasó un largo tiempo hasta que se nos acabaron las lágrimas y para entonces ya estábamos lejos de aquel lugar maravilloso en el que tan bien nos lo habíamos pasado y de aquella gente increíble a la que esperábamos volver a ver alguna vez.